

[DE ELIA Y EL AYUNO.]

ADVERTENCIA SOBRE EL LIBRO DE ELIA Y EL AYUNO, Donde se introducen algunas consideraciones sobre el ayuno cuaresmal de la Iglesia de Milán y sobre los banquetes celebrados sobre las tumbas de los mártires.

Para quien lea este libro, no será difícil advertir que se divide en tres partes. En la primera, que es la principal, se trata del ayuno, y especialmente del ayuno cuaresmal que precede a las fiestas pascales. En primer lugar, Ambrosio afirma (Cap. 1) que es una especie de lucha, gracias a la cual obtenemos la victoria de la cruz y el trofeo de la resurrección del Señor; y que en esta batalla el mismo Señor quiso precedernos para enseñarnos el arte de luchar y concedernos la gracia de vencer. Luego, revela cuán grande es la virtud del ayuno mediante un breve recuento de los prodigios que, según se recuerda, Elías realizó con su ayuda (Cap. 2 y 3). Sin embargo, habiendo ya escrito muchos libros sobre las hazañas de Elías, niega que vaya a discutir más sobre él (Cap. 3, num. 5), contentándose con habernos aconsejado que lo imitemos en el sagrado ayuno de cuarenta días.

Así, tras una introducción sobre el ayuno, se acerca más a su argumento. Muestra (Cap. 4) que el ayuno tiene la misma antigüedad que el mundo: que la ley de la abstinencia fue la primera promulgada por Dios, y que, al violarla, Adán conoció su desnudez; declara (Cap. 5) que, según el ejemplo de Noé, el uso del vino era desconocido hasta ese momento; que Abraham no sirvió vino a los ángeles ni al mismo Señor del universo en su banquete; y que Moisés, finalmente, proporcionó al pueblo solo agua por milagro en el desierto. A esto nos propone a Moisés, Eliseo, Daniel y otros hombres ilustres que fueron celebrados por su ayuno (Cap. 6 y 7). De aquí se pasa (Cap. 8, 9 y sig.) a las utilidades del ayuno, y tras enumerarlas en gran número, se oponen los inconvenientes, tumultos y pérdidas de la intemperancia y el lujo. Tampoco se omite (Cap. 10, num. 34 y sig.) que por las obras del ayuno somos admitidos a la comunión de la mesa mística, es decir, de la eucaristía. Con esto, el santo Obispo concluye prescribiendo cómo debemos ayunar (Cap. 10).

En la segunda parte, Ambrosio arremete contra los banquetes más intemperantes de su tiempo. Describe (Cap. 12) primero las libaciones y borracheras de la gente común y más vil. Luego pasa a los banquetes de los poderosos y de los jóvenes más fuertes (Cap. 13 y sig.). Y para hacer su embriaguez más odiosa, presenta sus imágenes expresas y casi vivas ante los ojos. Critica (Cap. 17, num. 64) incluso ciertos modos de beber tan asombrosos que, si no fuera porque los glotones de nuestra época con su locura les dan crédito, parecerían casi increíbles. Finalmente, también reprende (Cap. 18, num. 66) la embriaguez de las mujeres, que, excitadas como bacantes, corrían por las calles de la ciudad, cometiendo actos que eran perjudiciales no solo para ellas mismas, sino también para los espectadores.

En la tercera parte, aprovechando las palabras de Isaías que se leyeron en la Iglesia ese mismo día, enseña (Cap. 19) que esta licencia de la mesa es el semillero y madre de todos los vicios, incluida la avaricia misma, que acumula gastos de lujo por medios lícitos e ilícitos. Sin embargo, a partir de las palabras siguientes de Isaías, prueba (Cap. 20) que Dios es un médico clementísimo y muy hábil, que restaurará la salud a quienes acudan a su ayuda. Y para incitar más vehementemente a los oyentes a ello, les recuerda el juicio final, del cual habían oído mención en la lectura profética (Cap. 21, num. 77). A esto añade (Ibid., num. 79) que somos atletas a quienes en aquel último día se les negará la corona, a menos que hayamos luchado con ánimo generoso. Luego, volviéndose hacia los catecúmenos, les demuestra que tienen un camino más llano y seguro para purgar sus vicios (Cap. 22, num. 83), a saber, el bautismo, por el cual, como por un fuego sagrado, se consumen todas las impurezas. Pero

como no faltaban quienes, para perseverar con mayor licencia en sus vicios, diferían aquel sacramento hasta el final de la vida, los reprende severamente (cap. 22, num. 84), advirtiéndoles que, mientras posponen la muerte, esta se aproxima, y los disuade de que, con su dilación, emulen a Caín más que a Abel en la ofrenda del sacrificio (Ibid., num. 85).

Aunque este libro, como se ha declarado arriba, consta de tres partes, sin embargo, porque la más importante de ellas es la que trata del ayuno, tema que fue abordado con ocasión del ayuno de Elías, por eso se titula "De Elia y el ayuno". Todos los manuscritos llevan este título, excepto algunos que omiten el nombre de Elías y presentan solo "Sermón de San Ambrosio sobre el Ayuno".

Quien compare la homilía de San Basilio, en la que exhorta a su pueblo a emprender con ánimo el ayuno de Cuaresma (Homil. de jejunio), con este tratado de Ambrosio, fácilmente entenderá que muchas cosas han sido trasladadas de allí a este. Sin embargo, aquí también el Santo Doctor mantiene su costumbre, es decir, a veces añade, a veces recorta, algunas cosas las transpone, otras las amplifica cuando parece necesario.

De igual manera, se puede observar que Ambrosio, en las dos últimas partes de esta obra, ha tomado prestadas algunas cosas de otras dos homilías de Basilio el Grande, una de las cuales, escrita contra la intemperancia que solía cometerse el mismo día de la sagrada Pascua, se titula "Sobre la embriaguez y el lujo", y la otra es una "Exhortación al bautismo".

En este libro, por tanto, se encuentran no pocas cosas que se refieren a las costumbres de la Iglesia de Milán. Entre ellas, merece especial atención lo que se menciona sobre el ayuno de Cuaresma. "La Cuaresma", dice el santo varón, "se ayuna todos los días excepto el sábado y el domingo". Agustín enseña (Epist. 36. ad Casul., num. 32; y epist 54, ad Januar., num. 3) que los días de sábado no solían ayunarse en Milán, como se ayunaban en Roma; pero su testimonio es general. Sin embargo, este pasaje de Ambrosio revela claramente que ni siquiera los sábados de Cuaresma se ayunaba allí. No obstante, exceptuamos el sábado santo o vigilia de Pascua; pues este, como dice Agustín (Epist. 56, num. 31), se ayuna tan devotamente por todos, que incluso aquellos que durante todo el año almuerzan los sábados, celebran el ayuno de este sábado. Así pues, los milaneses solo ayunaban 31 días, ya que comenzaban su ayuno el lunes después del primer domingo de Cuaresma. Pues no hay razón para que la palabra "Cuaresma" confunda a nadie; ya que en otras Iglesias, donde los ayunos no comenzaban antes, no se ayunaba más de 36 días; los cuales, como dice Gregorio Magno (Homil. 16 in Evang.), y después de él muchos otros, "los damos a Dios como las décimas de nuestro año". Incluso en tiempos recientes, San Carlos en su primer sínodo estableció que este ayuno no debía comenzar antes en Milán, ni en aquellas partes de su diócesis donde, según el instituto de San Ambrosio, se celebran los oficios divinos.

No cabe duda de que en esta obra no se contiene nada más que los sermones que Ambrosio dirigió a su pueblo, compuesto en parte por catecúmenos y en parte por bautizados. Sin embargo, se puede dudar si los pronunció al inicio o al final de la Cuaresma. En verdad, lo que dice: "Y tú has dado tu nombre para la lucha de Cristo, te has inscrito para la competición de la corona" (Cap. 21, num. 79); parece significar que se habla a los Competentes que ya habían dado su nombre para el bautismo, al que no se inscribían sino al final de la Cuaresma. Pero, por el contrario, las palabras del primer capítulo testifican más claramente que esos sermones fueron pronunciados antes del inicio de este tiempo sagrado: "Toquemos la trompeta como quienes avanzan a la batalla... se avecina la lucha... nuestro combate es el ayuno" (Num. 1). Además, el ejemplo de Cristo propuesto allí, y otras cosas sujetas en los capítulos siguientes, confirman suficientemente que el propósito del santo Prelado era

preparar a los fieles para emprender ese ayuno. Por lo tanto, lo que se dice sobre la inscripción para la competición de la corona, puede explicarse de todos los cristianos en general, a quienes ya desde el comienzo del libro se les había prometido la victoria y el trofeo. Pero tal vez también se pueda conciliar ambas opiniones, si decimos que esta obra consta de tres sermones, de los cuales, al igual que las homilías de Basilio, Ambrosio compuso el libro después de haberlos pronunciado en diferentes momentos: lo cual veremos que también hizo en otras ocasiones.

Sin embargo, es mucho más difícil determinar en qué año deben asignarse esos mismos sermones; y para hablar con franqueza, apenas se puede extraer nada cierto de la lectura de este libro que conduzca a este conocimiento. No obstante, si se nos permite confiar en conjeturas extraídas de él mismo, sabemos que Ambrosio ya había escrito muchos libros sobre las hazañas de Elías (Cap. 3, num. 5): por lo tanto, es necesario que en ese momento ya hubiera pasado varios años en el episcopado. Pero, ¿hasta qué punto deben extenderse esos años? No creemos que se pueda deducir mejor de otro lugar que de la mención de los salmos e himnos, cuyo canto se sabe que fue instituido por él durante la persecución de Justina, es decir, en el año 386, en la Iglesia de Milán (Cap. 15, num. 55). Por lo tanto, habría que decir que este libro no fue escrito antes del regreso de Valentiniano el Joven a Milán, cuando regresó a la ciudad junto con Teodosio después de la muerte del tirano Máximo, es decir, en el año 389. Y tal vez no por otra razón se refieren los hombres militares en sus brindis a decir: "Deseo la salud de los emperadores" (Cap. 17, num. 62).

Hay un punto que podría causarnos duda, a saber, la mención de los banquetes que los cristianos solían celebrar sobre las tumbas de los mártires (Ibid.). Pues parece que esa costumbre fue abolida por el celo de este santo Obispo antes del año que hemos señalado; ya que Agustín relata (Lib. VI Confess., cap. 2, num. 2) que la bienaventurada Mónica, cuando llegó a Milán en el año 384, quiso llevar su sobrio almuerzo, como era su costumbre, sobre las tumbas sagradas, pero fue prohibida por el portero que Ambrosio había establecido allí para ese propósito. Por lo tanto, es muy verosímil que esta costumbre, que la vigilancia de tan gran obispo se esforzaba por abolir, no haya perdurado mucho después de esos tiempos. Además, aprendemos de dos cartas de San Agustín (Epist. 22, num. 4, y epist. 29, num. 10), una de las cuales apareció por primera vez en la última edición, que ese uso, o más bien abuso, fue casi completamente erradicado y destruido en toda Italia alrededor del año 391 por la vigilancia de los buenos obispos, entre los cuales sin duda Ambrosio debe contarse en un lugar destacado. Sin embargo, esto no afecta mucho a nuestra opinión; pues si consideramos las palabras que usa Ambrosio, fácilmente percibiremos que no las dice con la vehemencia con la que habría discutido contra un vicio presente y vigente, ni se habría contenido de atacar tan ligeramente ese único vicio mientras combatía tan ferozmente otros géneros de intemperancia. Por lo tanto, no sería contrario a la verdad si dijéramos que el santo Prelado mencionó esto de pasada porque algunos individuos imprudentes frecuentaban tales banquetes: o tal vez quiso indicar la Iglesia Romana, donde esa costumbre aún prevalecía, como se demuestra con el memorable ejemplo de Pammachius.

Finalmente, se puede añadir aquí que apenas hay ninguna obra de Ambrosio en las ediciones que esté más corrompida que este tratado: pero lo hemos revisado y corregido con gran cuidado según los códices manuscritos de buena nota, y especialmente según el Colbertino, que parece haber sido escrito hace mil años.

SAN AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN, SOBRE EL LIBRO DE ELIA Y EL AYUNO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Así como antiguamente los Padres, cuando salían a la guerra, tocaban la trompeta en los días de las neomenias y de alegría; así también nosotros debemos tocar la trompeta en los días de ayuno, cuando se acercan las fiestas pascales.

1. Un oráculo divino resonó para los padres, para que cuando salieran a la guerra, tocaran la trompeta (Num. X, 9), cuyo sonido haría que el Señor recordara a su pueblo, para que les concediera la ayuda solicitada, reconociendo los incentivos de su misericordia; y en los días de su alegría, en sus neomenias, tocaran al son de las trompetas. Por eso también David dice: "Tocad la trompeta al inicio del mes, en el día solemne de vuestra fiesta" (Psal. LXXX, 4). Por lo tanto, vendrá para nosotros el día de la solemnidad, y ya se acerca. Toquemos la trompeta como quienes avanzan a la batalla. Toquemos la trompeta para anunciar el día de la solemnidad, al mismo tiempo que se acerca para nosotros la lucha y se nos promete la victoria. Nuestra victoria es la cruz de Cristo: nuestro trofeo es la Pascua del Señor Jesús. Pero él luchó primero para vencer, no porque él necesitara la lucha; sino para prescribirnos de antemano la forma de luchar, y luego darnos la gracia de triunfar. Nuestro combate es el ayuno. De hecho, el Salvador ayunó, y así el tentador se acercó a él. Y primero dirigió el dardo de la gula diciendo: "Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan" (Luc. IV, 3). Él presentó el alimento como un cebo de trampa, para así atrapar el apetito corporal: el Señor prefirió el ayuno, para disolver las trampas del tentador. De hecho, así está escrito: "No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios" (Ibid., 4). Con esa trampa, Adán había sido estrangulado; con esta absolucón de la cuestión diabólica, todo hombre ha sido liberado.

CAPÍTULO II.

Cuán grande es la virtud del ayuno, y cuán hermosa y fuerte es su milicia, se comprueba con el ejemplo de Cristo y del santo Elías.

2. Grande es la virtud del ayuno. De hecho, su milicia es tan hermosa que incluso a Cristo le deleitó ayunar: tan fuerte que elevó a los hombres al cielo. Y para usar ejemplos humanos más que divinos, con la voz emitida por la boca de Elías en ayuno, el cielo se cerró para el pueblo sacrílego de los judíos (III Reg. XVII, 1). Pues cuando el rey Acab había erigido un altar al ídolo, a la palabra del profeta, durante tres años y seis meses no cayó rocío ni lluvia sobre la tierra. Un castigo digno que adecuadamente reprimiera la intemperancia; para que el cielo se cerrara a los impíos, que habían profanado las cosas terrenales. También digno que, para condenación del rey sacrílego, el profeta fuera enviado a una viuda en Sarepta de Sidón, quien, porque prefirió la devoción al alimento, mereció no sentir la miseria de la aridez pública. Así que no se agotó la jarra de harina, mientras se agotaban los arroyos del torrente.

3. ¿Por qué detallar sus otras hazañas? En ayuno, resucitó al hijo de la viuda de entre los muertos: en ayuno, hizo descender lluvias con su boca: en ayuno, sacó fuego del cielo: en ayuno, fue arrebatado al cielo en un carro: y con el ayuno de cuarenta días adquirió la presencia divina. Entonces, de hecho, mereció más cuando más ayunó. Con la boca en ayuno, detuvo las corrientes del Jordán, y el lecho del río desbordante, de repente seco, lo cruzó con paso polvoriento. Con razón, la sentencia divina lo juzgó digno del cielo, para que fuera arrebatado con su cuerpo; ya que vivía una vida celestial en el cuerpo, y mostraba el uso de la conversación celestial en la tierra.

CAPÍTULO III.

Elogio del ayuno: sobre el ayuno de San Juan; y qué tipo de alimento debemos buscar.

4. ¿Qué es el ayuno, sino la sustancia y la imagen celestial? El ayuno es el alimento del alma, el alimento de la mente es el ayuno, la vida de los ángeles es el ayuno, la muerte de la culpa, la destrucción de los delitos, el remedio de la salud, la raíz de la gracia, el fundamento de la castidad. Con este paso se llega más rápidamente a Dios: con este paso ascendió Elías, antes que con el carro. Esta herencia de sobriedad y abstinencia dejó a su discípulo al ascender al cielo. En esta virtud y espíritu de Elías vino Juan. De hecho, en el desierto también él se dedicaba a los ayunos. Su alimento era langosta y miel silvestre. Y por eso, porque había superado la posibilidad de la vida humana con la continencia, no fue considerado hombre, sino ángel. De él leemos: "Incluso más que profeta. Este es de quien está escrito: He aquí, envío a mi ángel delante de tu faz, que preparará tu camino delante de ti" (Matth. XI, 9 y 10). ¿Quién, con fuerza humana, podría haber ascendido a caballos de fuego, dirigir carros aéreos, si no quien había transformado la naturaleza del cuerpo humano con la virtud del ayuno incorruptible?

5. Pero ya hemos tratado extensamente sobre las hazañas de Elías en muchos libros diversos; y creo que debemos evitar repetirnos, especialmente cuando él mismo es alabado en su obra. Imitemos, pues, a él, y busquemos ese alimento, con cuya virtud podamos avanzar día y noche hacia el conocimiento de las cosas celestiales. Pues no todo alimento es material, ni todo alimento es corporal; hay alimento de la mente, como hemos dicho, con el que se banquetan las almas, del cual dice el Señor: "Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Joan. IV, 34). Este es el alimento de los ángeles, para que sirvan al mandato divino. No tienen preocupación por las mesas, no usan banquetes, no tienen comidas reservadas, no beben vino ni sidra, no tienen distensión del cuerpo, no tienen ofensa del vientre.

CAPÍTULO IV.

Sobre el origen y la antigüedad del ayuno, del cual comenzó el primer uso del mundo, sobre el cual se estableció la primera ley en el paraíso; que finalmente cubre a aquellos que la gula ha desnudado.

6. Por lo tanto, para que nadie piense que el ayuno es terrenal o reciente, el primer uso del mundo comenzó con el ayuno, cuando la luz clara resplandeció (Gen. I, 3 y sig.). El segundo día en ayuno, cuando se hizo el firmamento del cielo. El tercer día, la tierra produjo alimento, la naturaleza ofreció su servicio, pero la disciplina celestial mantenía el ayuno. El cuarto día se hicieron las luminarias del sol y la luna, y aún el ayuno. El quinto día, las aguas produjeron seres animados que se arrastran, y aves que vuelan sobre la tierra según el firmamento del cielo: y Dios vio que era bueno, y los bendijo, diciendo: "Creced y multiplicaos, y llenad las aguas que están en el mar: y multiplíquense las aves sobre la tierra" (Ibid., 22). Y aún el ayuno. De hecho, los bendijo, como está escrito, y dijo: "Creced", y no dijo: "Comed y bebed". El sexto día se crearon las bestias (Dist. 35, c. Sexto die), y con las bestias comenzó el poder de comer, y el uso de los alimentos. Donde comenzó el alimento, allí se hizo el fin del mundo. Donde comenzó a desconocer su propio crecimiento, allí comenzaron las obras divinas a cesar en él. Con esta indicación se declaró que el mundo se reduciría por los alimentos, por los cuales dejó de crecer. Nadie conocía el delito, nadie temía el castigo, nadie conocía la muerte.

7. El Señor plantó un paraíso para la gracia de los bienaventurados, puso allí al hombre para trabajar y cuidarlo. Y para que sepamos (Dist. y cap. los mismos, § Y para que sepamos) que el ayuno no es algo nuevo, allí estableció la primera ley sobre el ayuno. Pues sabía que por la comida la culpa habría de entrar. La primera pena por la transgresión del ayuno había entrado, diciendo el mandato de Dios: Del árbol que es del conocimiento del bien y del mal no comeréis; el día que comáis de él, moriréis (Gén. II, 17). Hasta entonces (Dist. y cap. los mismos, § Hasta entonces) nadie había conocido la transgresión, ya que aún no había surgido, la cual fue la primera en transgredir el mandato de abstinencia. La ley del Señor Dios, la transgresión de la ley del diablo: culpa por la comida, escondite después de la comida. Conocimiento de la debilidad en la comida, virtud de la firmeza en el ayuno. De hecho, mientras se abstuvieron de lo prohibido, no sabían que estaban desnudos: después de que comieron del árbol prohibido, se dieron cuenta de que estaban desnudos. Con razón, entonces, la mujer, cuando reconoció al autor de la culpa, interrogada respondió: La serpiente me engañó, y comí (Gén. III, 13). La serpiente sugiere la gula, el Señor decreta ayunar (Dist. y cap. los mismos, § La serpiente). De hecho, Él mismo dice: Ayunad y orad, para que no entréis en tentación (Mat. XXVI, 41). Así pues, la gula expulsó al que reinaba del paraíso, la abstinencia devolvió al errante al paraíso.

8. Y dijo Dios: He aquí que Adán se ha hecho como uno de nosotros (Gén. III, 22). Dios lo dice burlándose, no aprobando, es decir: Pensabas que serías como nosotros: pero porque quisiste ser lo que no eras, dejaste de ser lo que eras: estabas dentro de ti, y mientras deseabas estar por encima de ti, comenzaste a estar por debajo de ti. De hecho, lo vistió primero con una túnica de piel, y así dijo: He aquí Adán, como diciendo: He aquí tu vestimenta, he aquí tu atuendo digno, así vestido te conviene. Aquellos que aspiran a lo divino son considerados dignos de tal ornamento. He aquí a dónde te ha llevado tu culpa, he aquí ahora en esta túnica de piel como uno de nosotros has abierto los ojos. Mira atentamente, te ves desnudo, a quien pensabas vestido.

9. La gula, por tanto, desnuda, los ayunos cubren incluso a los despojados. Por eso David dice: Cubrí con ayuno mi alma (Sal. LXVIII, 11). Buen cobertor, que cubre el alma, para que no sea atrapada por el tentador, para que no sea desnudada por el tentador. Buen velo que cubre la culpa, cubre la abstinencia, cubre la gracia. Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas, y cuyos pecados han sido cubiertos. La gracia cubre, mientras perdona, y borra todo error: la abstinencia cubre, mientras oculta el vicio, y lo esconde con afecto triste, y lo atenúa con penitencia. De hecho, el ayuno y la limosna liberan del pecado. Adán estaba cubierto con el velo de las virtudes antes de transgredir, pero como despojado por la transgresión, se vio desnudo; porque había perdido la vestimenta que tenía. En los días de vuestros ayunos, dice, tu luz matutina nacerá, y tu salud brotará rápidamente, y la justicia te precederá, y la majestad del Señor te rodeará (Isa. LVIII, 8). Buena vestimenta es la luz. Pues está escrito: Rodeado de luz como de vestidura (Sal. CIII, 2). Buena vestimenta; cuando el Señor rodea y cubre a los que ayunan.

CAPÍTULO V.

Noé es excusado por su embriaguez debido a la ignorancia: y se declaran los males nacidos del uso del vino, y los bienes de su abstinencia, con ejemplos propuestos de ambos lados.

10. Noé estaba desnudo cuando se embriagó, lo cubrió la piedad de sus hijos. Pero estaba desnudo por ignorancia, no por intemperancia; pues aún no se conocía el vino. Al principio de la humanidad se desconocía la embriaguez (Dist. 35, cap. Sexto día, § Al principio). Él fue el primero en plantar una viña: dio la naturaleza, pero desconocía su poder. Así que el vino

no perdonó ni a su propio autor. ¿Qué maravilla si cuando el Señor mismo alabó sus criaturas, él también se maravilló? Así que cuando le agradó la gracia del don descubierto, la criatura más fuerte probó los miembros no acostumbrados del anciano, la nueva bebida lo perturbó. Dormitaron, dice, los que montaron caballos (Sal. LXXV, 7). El justo ascendió a los placeres del cuerpo, y se durmió. Pero su embriaguez nos sugiere sobriedad (Dist. y cap. los mismos, § Pero su). Pues Noé se embriagó una sola vez. Pero cuando reconoció el mal de la embriaguez, moderó su hallazgo como remedio, no lo derramó como vicio. Por eso el Apóstol dice: Usa un poco de vino por tus frecuentes enfermedades (I Tim. V, 23).

11. Antes de que se descubriera el vino, todos mantenían una libertad inquebrantable, nadie sabía exigir servicios de servidumbre a su compañero de naturaleza. No habría servidumbre hoy si no hubiera habido embriaguez. Aunque ya se había infiltrado la envidia de la preeminencia fraterna, aún permanecía la reverencia de la piedad paterna. La piedad fue herida, mientras se reía de la embriaguez. Así que el vino no solo daña a aquellos a quienes tienta, sino aún más a aquellos cuyos ojos ven los miembros ebrios desnudos. De ahí nace la risa irreverente, de ahí se inflama la lujuria; para que los vinos perturben con una embriaguez mucho mayor a aquellos cuyos ojos y mentes han embriagado, que a aquellos cuyos miembros han derribado.

12. También leemos (Dist. y cap. los mismos, § Leemos) que las hijas embriagaron a su padre Lot en aquella montaña (Gén. XIX, 33 y ss.), a la que huyeron temiendo los incendios de Sodoma, y habitaban en una cueva. La embriaguez y la edad, el sexo, la soledad, el lugar, más apto para guaridas de fieras que para moradas humanas, coincidieron. Así que la embriaguez fue el origen del incesto, el parto de una madre pésima fue peor.

13. Pero Abraham no servía vinos en su banquete: sino que sacrificaba un becerro, mantequilla, y leche incluso a los ángeles huéspedes. Reconocía al Señor del cielo, al autor del mundo: sin embargo, no podía ofrecer vino. Pero correctamente allí faltaba la materia del pecado, donde estaba el perdón de los pecados.

14. De hecho, Juan lo anunció ni comiendo pan, ni bebiendo vino. Pues quien anuncia a Cristo, debe mostrarse ajeno a todo incentivo de vicios. Así que la embriaguez venció al santo Noé, o incluso a Lot, sobrino de Abraham, de los cuales uno, mientras ayunaba, sobrevivió al diluvio, el otro al incendio.

15. También conocimos a Moisés que templó las amargas de las aguas para el pueblo sediento, no vinos. A quien la roca vomitó agua, también pudo no faltarle abundancia de vino. De hecho, Dios dijo: Golpearás la roca, y saldrá agua de ella, y beberá el pueblo (Éxodo XVII, 6). No dijo: Saldrá vino para el pueblo. Pues era peligroso servir vino al pueblo, que los más fuertes apenas podían soportar.

CAPÍTULO VI.

Sobre la ley del ayuno dada por Moisés, y sobre su ayuno. Cómo la abstinencia de vino fecundó la esterilidad de las madres de Sansón y Samuel; y con qué alimentos Eliseo alimentó a los hijos de los profetas.

16. De hecho, Moisés dio la ley del ayuno, no del vino. A él mismo, ayunando, no lo aterraron las grandes voces, ni los relámpagos y nubes tormentosas, ni el Sinaí humeante. Ni habría entrado en la nube, y escuchado la voz de Dios hablando desde el medio del fuego sin peligro para su salvación, si no hubiera estado armado con el ayuno. Pues ayunó cuarenta

días en el monte, cuando recibió la Ley de nuestro Señor Dios. Y en las partes superiores del monte se daba la Ley a Moisés ayunando, en las inferiores al pueblo comiendo se encendía la transgresión sacrilega con el lujo de los banquetes. Conmovido por este espectáculo, Moisés rompió las tablas, juzgando indigno que se diera la Ley a un pueblo ebrio. Así que las tablas de la Ley, que recibió con abstinencia, las rompió la embriaguez.

17. ¿Qué más diré? ¿No fecundó la abstinencia de vino la esterilidad de la madre de Sansón, y la hizo parir de estéril? Pues según el mandato del Señor no bebió vino. ¿No escuchó el Señor a Ana que no comía, y sus ayunos disolvieron su infertilidad? De los cuales nacieron dos, uno muy fuerte, el otro muy observante, se mostraron dignos, que alimentados largo tiempo en el regazo del ayuno, y como si hubieran sido derramados del útero de la abstinencia. Así que el mismo Sansón, que fue engendrado por la sobriedad de su madre, fue vengado por la embriaguez de los filisteos que se burlaban de él.

18. Eliseo, el profeta que aprendió la parquedad de su maestro, cuando alimentaba a los hijos de los profetas, cargaba las mesas con racimos de vid silvestre, y con hierbas silvestres inapropiadas cumplía el oficio de hospitalidad. Ofendidos por la amargura, cuando no podían comer, con una ligera aspersion de harina templó toda aquella amargura, evacuando las fuerzas del veneno con el don profético de la abstinencia.

CAPÍTULO VII.

A los tres jóvenes que entraron en el horno con el estómago ayunante, las llamas les trajeron refrigerio; y también los leones fueron enseñados a ayunar por el ayuno de Daniel.

19. Hay una cierta naturaleza de criatura, que llaman amianto, que no se consume fácilmente por el fuego: que puesta en los fuegos se enciende, inmediatamente retirada de la llama resplandece limpia como si se hubiera sumergido en agua. Así eran los cuerpos de los jóvenes hebreos, que transformados por el ayuno en la naturaleza del amianto, tomaban el vapor del fuego no para su detrimento, sino para su gracia. De hecho, cuando ardían los incendios del horno, de modo que la llama se extendía más allá de cuarenta codos alrededor, consumiendo a muchos de los caldeos que encontraba, que con nafta, pez, estopa, y sarmiento alimentaban los fuegos; cuando entraron con ayuno, disipado el ardor de las llamas, comenzaron inmediatamente a humedecerse en medio del horno con el espíritu de rocío refrescante; de modo que ningún cabello de sus cabezas se quemó, porque incluso ese cabello lo había alimentado el ayuno.

20. Daniel, varón de deseos, con el ayuno de tres semanas también enseñó a los leones a ayunar, enviado al foso, endurecido en la dureza del diamante por la solidez de la abstinencia, no fue vulnerable. Así lo habían constreñido los ayunos, que en su cuerpo no podía haber lugar para las mordeduras de las fieras. Los leones mantenían cerradas sus bocas, que la santidad de la abstinencia profética comprimía; de modo que las fieras no podían abrirlas, atadas por ciertas cadenas de mérito.

21. Así que el ayuno extinguió la fuerza del fuego, el ayuno cerró las bocas de los leones, el ayuno solidificó las aguas del mar, el ayuno disolvió la roca en fuentes de agua, por la virtud del ayuno contra su naturaleza cambiada, tanto el oleaje se endureció, como la roca inundó.

CAPÍTULO VIII.

Para que los beneficios del ayuno resplandezcan más, se comparan con los inconvenientes de la gula, y se presenta una descripción elegantísima de las perturbaciones que la misma gula suele causar; a la cual se une una exhortación a la sobriedad.

22. Pero ¿por qué usar ejemplos antiguos, cuando el ayuno abunda también en los dones de las gracias presentes? ¿Quién ha deteriorado su casa con el ayuno? ¿Quién ha disminuido sus bienes? ¿A quién no le es sospechosa la lujuria? ¿A quién no le es venerable la abstinencia? ¿Qué lecho ha deseado la parquedad? ¿Qué pudor no ha herido la embriaguez? El ayuno es el magisterio de la continencia, la disciplina de la castidad, la humildad de la mente, el castigo de la carne, la forma de la sobriedad, la norma de la virtud, la purificación del alma, el gasto de la misericordia, la institución de la mansedumbre, el atractivo de la caridad, la gracia senil, la custodia de la juventud. El ayuno es el alivio de la debilidad, el alimento de la salud. Nadie ha caído en la indigestión ayunando, nadie ha sentido el golpe de la sangre por la continencia, más bien nadie no lo ha reprimido y rechazado. Buen viático del camino, bueno para toda la vida: bueno en el mar, calma los naufragios, conserva el alimento.

23. Los que dicen que el ayuno es pesado, respondan quién ha desfallecido por el ayuno. Muchos en el almuerzo, la mayoría mientras vomitan el banquete, han derramado el alma. ¿Qué animal finalmente ha lamentado que el ayuno haya sido la causa de su muerte? No se teme la trampa por la comida, en la comida se esconde el anzuelo, la comida lleva a la fosa, y la comida lleva a las redes, la comida incluso atrapa a las aves con liga, la comida hace caer a los voladores a la muerte. ¿Qué peligros no por el vientre? Los animales mudos no conocen el crimen, y solo en esto son castigados como por un crimen. El ayuno es la sobriedad de la mente, en esto los sentidos están vigentes, en esto se tratan los juicios, en el banquete las copas. El ayuno guarda la disciplina, la lujuria sigue a la pobreza. La lujuria es madre del hambre (Tob. IV), según el dicho profético. El ayuno ama la quietud, la lujuria la inquietud. El ayuno siembra ocio, el lujo negocios.

24. Alguna vez será golpeada la espada de las huellas de los cocineros. Descanse el proveedor que antes de que amanezca, golpea las puertas ajenas, y como si alguna guerra inminente se avecinara, despierta a los durmientes. Lo ves turbado, lo notas jadeante: preguntas cuál es la causa de la perturbación. Pide, dice, mi señor, dónde se vende mejor el vino, busca dónde se cura mejor la vulva dura, dónde el hígado más tierno, dónde el faisán más gordo, dónde el pescado más fresco. Corre por diversos lugares; y cuando lo encuentra, se apresura a toda velocidad. Inquieta al señor somnoliento, subasta los precios. Si el precio del pescado ha subido, en ningún lugar mejor dice que se puede encontrar, más bien que falta. Ayer, dice, tormenta, hoy tempestad, apenas pude encontrar este escondido. Muchos concurren al mercado: si tú lo devuelves, otro dará más; y ¿qué ofrecerás en el almuerzo? Este vino es de tal cosecha, estas ostras recogidas de tal lago: tal es la licitación de cada cosa. Se agita una especie de subasta entre el proveedor y el pastor. Turbado adjudica el patrimonio, aún pide por quienes se disminuyen los derechos de sus bienes.

25. Se corre a la cocina, se hace un gran ruido, se hace tumulto. Toda la familia es agitada, todos maldicen, porque no se les da descanso. Finalmente, da descanso al cocinero. La mano del copero se congela como una estatua en el frío extremo. Él ejercita sus manos en el frío, ellos lavan los mármoles. Limpian los pavimentos empapados de vino, y cubiertos de espinas de pescado; ¿y cuántos se hieren mientras caminan? En el mismo banquete el clamor de los comensales, el gemido de los que son golpeados. Si algo desagrada a los amigos, ellos ríen, tú te indignas. Que la casa calle alguna vez de tantas perturbaciones de los que corren de aquí para allá, que esté libre de humo, y del hedor de los semi-quemados. No pienses que es una

cocina, sino un matadero; que se libra una batalla, no que se prepara un almuerzo; así todo nada en sangre.

26. Se sirve a una mala señora, la gula, que siempre desea, nunca se sacia. Pues ¿qué más insaciable que el vientre? Hoy recibe, y mañana exige. Cuando se ha llenado, se discute sobre la continencia: cuando ha digerido, se dice adiós a las virtudes, busca la lujuria. Entre las copas se predica la filosofía, entre los filósofos se alaban los vinos. Vigilias, dice, y cólera, y tortura para el hombre insaciable (Ecli. XXXI, 23): come y poco después se arrepiente: no le ha deleitado por mucho tiempo su intemperancia.

27. Observa al rico que se vestía de púrpura y lino fino, y banqueteara espléndidamente cada día, a cuya puerta yacía el mendigo Lázaros lleno de llagas, deseando saciarse de lo que caía de la mesa del rico. Poco después, cuando murió, comenzó a rogar desde el infierno, que aquel pobre mojara la punta de su dedo en agua, y refrescara su lengua, que ardía en el incendio. ¿Dónde están aquellas riquezas? ¿Dónde están aquellas embriagueces? Sede quien se embriagaba: abunda quien mendigaba. En el mismo banquete mientras beben, tienen sed; y cuando se embriagan, beben más. Como si con la garganta abierta ya no se bebiera vino, sino que se vertiera: la copa no se bebe, sino que se vacía.

CAPÍTULO IX.

¿Por qué se prohíbe a los poderosos beber vino? Judit ayunando decapita a Holofernes: y con las mismas artes libera a su pueblo Ester, a quien el ebrio Amán paga las consecuencias. Finalmente, se enumeran varias alabanzas del ayuno.

28. Espinas, dice, nacen en la mano del ebrio (Prov. XXVI, 9), porque él mismo se hiere con sus manos, y se lanza llagas en el pecho. Con estas espinas rasga la vestidura de la fe que recibió, y no podrá guardar su tesoro. Pues todo ebrio y fornicador carecerá, y se vestirá con las vestiduras rasgadas de la insensatez. Y por eso se prohíbe a los poderosos beber vino; para que cuando beban, no olviden la sabiduría (Prov. XXXI, 4).

29. De hecho, bebían vino en embriaguez los poderosos, que deseaban entregarse al príncipe del ejército del rey de los asirios, Holofernes: pero no bebía la mujer Judit, ayunando todos los días de su viudez, excepto en las solemnidades de los días festivos. Armado con estas armas avanzó, y rodeó todo el ejército de los asirios. Con la fuerza del consejo sobrio le quitó la cabeza a Holofernes, guardó su castidad, obtuvo la victoria. Pues ella ceñida de ayuno se presentaba en los campamentos ajenos: él yacía sepultado en vino, de modo que no podía sentir el golpe de la herida. Así que el ayuno de una mujer derribó innumerables ejércitos de ebrios:

30. Ester también se hizo más hermosa con el ayuno; pues el Señor aumentaba la gracia de la mente sobria. Liberó a todo su pueblo, es decir, a toda la raza de los judíos, de las amarguras de la persecución; de modo que hizo al rey estar sujeto a ella, no inflamado por el ardor de la lujuria, sino convertido por la misericordia celestial; de modo que el castigo se volviera contra el impío, y el honor se devolviera a los altares sagrados. Así que aquella que ayunó continuamente durante tres días, y lavó su cuerpo con agua, agradó más, y obtuvo venganza. Amán, sin embargo, mientras se jactaba del banquete real, pagó la pena de su embriaguez entre los mismos vinos.

31. Por lo tanto, el ayuno es el sacrificio de la reconciliación, el incremento de la virtud, que incluso hizo a las mujeres más fuertes con el aumento de la gracia. El ayuno no conoce al

usurero, no conoce la suerte del interés, la mesa de los que ayunan no huele a usura: no estrangulan al hijo del hombre continente las centésimas del padre: no atormentan a la viuda los derechos empeñados del hombre sobrio difunto: no excluye al heredero la sala del ayuno sin usura.

32. Incluso el ayuno da gracia a los banquetes. Las comidas se vuelven más dulces después del hambre, que por la asiduidad son fastidiosas, y por la prolongada continuación se vuelven despreciables. El condimento de la comida es el ayuno. Cuanto más ávido el apetito, tanto más agradable la comida. La sed recomienda la copa, no sabe buscar las vetustades del vino. El ayunante lo que bebe, lo transmite a la saciedad, no lo juzga con la nariz. Incluso las cosas preciosas degeneran con el uso: pero de aquellas cuya posesión es difícil, su disfrute es grato. El mismo sol es más grato después de la noche, la misma luz es más espléndida después de las tinieblas, y el sueño es más dulce después de las vigiliadas, la misma salud es más agradable después de las pruebas de la enfermedad. Del mismo Creador del mundo aprendemos que a menudo la gracia se acumula con las diversidades. Así que también el hambre patrocina el banquete, para que la mesa sea más grata con los ayunos.

CAPÍTULO X.

La mesa mística se compara con el ayuno. Se investiga moral y místicamente qué hambre hace aceptable el ayuno; y qué significa lo que se dice: Cuando ayunéis, ungid vuestra cabeza.

33. La mística mesa también se compara con el ayuno: esa mesa de la que David dice: "Preparaste una mesa ante mí en presencia de mis enemigos" (Salmo XXII, 5). Esta mesa se adquiere con el precio del hambre: y esa copa que embriaga con sobriedad, se busca con la sed de los sacramentos celestiales. Pues el Señor dijo: "Todos los sedientos, venid a las aguas, y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed" (Isaías LV, 1). Y en otro lugar dice: "He aquí que mis siervos comerán, pero vosotros tendréis hambre. He aquí que mis siervos beberán, pero vosotros tendréis sed" (Isaías LXV, 13). ¿Quiénes son ustedes sino aquellos que antes bebieron? De quienes se dijo antes: "Preparasteis mesa para los demonios, y llenasteis la copa de la fortuna" (Isaías LXV, 11). Por lo tanto, si los santos ayunos nos conducen a esa mesa venerable: si con este hambre compramos las cosas eternas; ¿por qué dudamos de aquellas que están en el uso humano, que incluso el ayuno nos hace más agradables?

34. Sin embargo, no todo hambre hace aceptable el ayuno, sino el hambre que se asume por temor a Dios. Considera: la Cuaresma se ayuna todos los días excepto el sábado y el domingo. Este ayuno lo concluye la Pascua del Señor. Ya llega el día de la resurrección, los Elegidos son bautizados, vienen al altar, reciben el sacramento, y con sed beben con todas sus venas. Con razón dicen cada uno, alimentados con comida espiritual y bebida espiritual: "Preparaste una mesa ante mí... y tu copa embriagadora, ¡qué gloriosa es!" (Salmo XXII, 5). No solo se busca el hambre, sino la plena disciplina del ayuno. Finalmente, a otros se les dice: "En los días de vuestros ayunos encontráis vuestras voluntades, y a todos vuestros súbditos estimuláis. ¿Acaso ayunáis para pleitos y contiendas y para golpear con el puño? ¿Para qué me sirve tal ayuno, para que se oiga vuestra voz en el clamor? No es este el ayuno que yo elegí, ni el día para humillar al hombre su alma: ni aunque dobles tu cuello como un círculo, ni aunque extiendas ceniza y cilicio, ni así llamaréis a esto ayuno aceptable. No es tal ayuno el que yo elegí, dice el Señor" (Isaías LVIII, 3 y ss.). Hemos oído qué ayuno se desapueba: ahora escuchemos cuál es el aprobado. Pero desata toda atadura de tu injusticia:

disuelve las obligaciones de los cambios violentos, libera a los quebrantados en remisión, y rompe toda inscripción iniqua. Parte tu pan con el hambriento: y a los pobres sin techo, llévalos a tu casa: y si ves al desnudo, cúbrelo: y no desprecies a los de tu propia carne. Ves qué tipo y forma de ayuno es, qué disposición de mente; para que te dediques a la oración, y medites en la ley de Dios día y noche.

35. La misma figura del cuerpo llena de gravedad, sin el rubor de la embriaguez que ofenda la vista de los que miran, sino que el rostro brille con un pálido casto y reverente, el discurso más grave, el ojo más modesto, el paso más firme y moderado, pues a menudo el movimiento de los ánimos se revela con un andar más agitado. Un rostro más atento, y un cierto árbitro de su pensamiento, y un intérprete silencioso del corazón; para que no finja tristeza, ni se disuelva en risa incontinente. No pienses que esto es superfluo en nuestra advertencia; pues la Sabiduría dice en el Evangelio: "Cuando ayunéis, no seáis como los hipócritas, tristes" (Mateo VI, 16). Por eso dijo hipócritas, porque con simulación asumen una persona ajena; como en el escenario quienes cantan tragedias, por las palabras de aquellos cuyas personas representan, excitan sus movimientos, para que se enojen, o se entristezcan, o se regocijen. Pues estos desean parecer que ayunan, queriendo ser aprobados por los hombres más que por Dios, lo que hacían los judíos.

36. Y por eso se nos dice: "Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para que no parezcas a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto: y tu Padre que ve en secreto, te recompensará" (Mateo VI, 17 y 18). ¿Qué significa "Unge tu cabeza"? Pero también los lujuriosos dicen: "Llenémonos de vino y ungüentos". Pues se ungen con ungüento, quienes buscan la gracia del olor corporal. Pero esos ungüentos suelen mover la atracción de la lujuria. Hay otro ungüento de sobriedad, del que la Iglesia dice a su esposo: "Ungüento derramado es tu nombre" (Cantar de los Cantares I, 2): otro es el aceite con el que se engordan los miembros del alma y ciertos miembros. Por eso también David dice: "Ungiste con aceite mi cabeza" (Salmo XXII, 5). Y este es el aceite de la alegría, con el que Cristo fue ungido por Dios Padre, para que sobresaliera entre todos sus compañeros. Esto manda unguir nuestra cabeza, para que con el aceite de la alegría se cubra toda tristeza simulada; para que no parezca que vendes tu ayuno a los hombres, para que no parezca que te entristeces por la salvación de tu alma. Nadie triste es coronado, nadie afligido triunfa. Unge, pues, tu cabeza, donde están los sentidos del sabio; pues los ojos del sabio están en su cabeza. Eres llamado a los misterios, y no lo sabes: aprendes cuando vienes. Y recuerda aquello: "Como el ungüento en la cabeza, que desciende sobre la barba de Aarón" (Salmo CXXXII, 2), entonces conoces qué significa: "Unge tu cabeza": cómo has agradado a Dios, para que te revelara sus sacramentos, y te diera gracia espiritual.

37. Hay también otra cabeza mística. ¿Cuál es esa? Escucha: "La cabeza de la mujer es el hombre; y la cabeza del hombre es Cristo" (I Corintios XI, 3). Envía a Cristo, envía también a su cabeza el ungüento. Su cabeza es Dios. Aquella mujer que representa el tipo de la Iglesia, que puso ungüento en su cabeza, confesó su divinidad; y la que lo puso en sus pies, confesó su pasión. Ambas son alabadas. Y tú haz lo que seas alabado para que recibas el perdón de los pecados (Mateo XXVI, 10). Lava tu rostro, limpia tu alma pecadora, lava tu conciencia (Lucas VII, 44 y ss.). Pues el rostro a menudo es el índice de la conciencia, y un cierto discurso silencioso de la mente, cuando o nos compungimos por el pecado, o nos alegramos por la integridad. No destruyas este rostro, lávalo, y disuelve toda suciedad de tu conciencia. Destruye su rostro quien lleva una cosa en el corazón, y otra muestra afuera. No nos cubramos con un cierto telón: lo que está dentro, brille afuera: lo que está afuera, opere dentro. Nadie incluya culpa en el ayuno, lleve pura la inocencia. Pues el ayuno es el destructor de la culpa.

CAPÍTULO XI.

La virtud del ayuno se ilustra con el ejemplo de los amargos, y aunque la comida sea dulce, cuán nociva es, se muestra con la historia de Esaú y Jacob; luego sigue una exhortación a evitar la jactancia en el ayuno.

38. Nadie prefiera lo dulce a lo amargo. El placer parece dulce, el ayuno amargo. Que con este amargo se quite aquel dulce. Los amargos suelen ser más beneficiosos incluso para los cuerpos. Pues así como cuando en las entrañas de los niños nacen gusanos por la indigestión de la comida, no pueden ser exterminados sino cuando se vierte una bebida más amarga, o se aplica la fuerza más áspera de los medicamentos, cuyo olor los mata: así la virtud del ayuno, entrando en lo profundo del alma, mata la culpa latente.

39. ¿Qué hizo Esaú siervo de su hermano? ¿No fue la comida dulce por un momento, amarga para el futuro? ¿Qué hizo Jacob señor de su hermano? ¿No fue el desprecio de la comida amargo por un tiempo, pero saludable para el resto? Los mismos cuerpos a menudo se hinchan con dulces, y el hígado se tensa con miel; sin embargo, se temple con la amargura de la comida. Por eso no es una cuestión mediocre, sino alabada: "Del que come salió comida, y del fuerte salió dulzura" (Jueces XIV, 14). Otros tienen: "Y del triste salió dulzura"; especialmente los códices griegos. Pero también es laborioso; pues sale dulzura de la tristeza o el trabajo.

40. No te jactes, pues, cuando ayunas, no te gloríes, para que el ayuno no te sirva de nada. Pues lo que se hace para la ostentación, no extiende su fruto al futuro; sino que consume su recompensa en lo presente. Elías estaba en el desierto, para que nadie lo viera ayunando, sino solo los cuervos que lo alimentaban. Eliseo estaba en el desierto, donde no se encontraba comida, sino amarga. Juan estaba en el desierto, donde solo encontraba langostas y miel silvestre. A los que ayunan se les llevaban banquetes por el piadoso ministerio de los ángeles. Daniel almorzaba entre leones ayunantes. Él almorzaba comida ajena, las fieras no tocaban la suya. A los que ayunan, los banquetes vuelan, a los que almuerzan, los pies vacilan: a los que ayunan, el maná desciende del cielo, a los que banquetean, la culpa de la transgresión asciende.

CAPÍTULO XII.

Cómo la embriaguez precipita en todo crimen: y cuán ridícula y odiosa es, se expone con una elegante descripción. Después de lo cual se añaden algunas cosas sobre un joven lujurioso convertido a la filosofía.

41. Pero ¿qué es esto? Mientras discuto sobre el ayuno, escucho el ruido de los banquetes. Si no me equivoco, en mi discurso huele a almuerzo. El sonido de las letras invita, los ejemplos de impaciencia no asustan. Pues el pueblo que no pudo esperar al que ayunaba, y llevaba las tablas de la Ley, ciertamente se sentó a comer y beber, y se levantaron a jugar. Vemos que el sacrilegio estaba unido a la embriaguez. Pues así como la continencia es madre de la fe: así la embriaguez es madre de la perfidia. ¿En qué crimen no precipita esta?

42. Se sientan en las puertas de las tabernas hombres sin túnica, ni sustento para el día siguiente. Juzgan sobre emperadores y potestades; más bien se ven a sí mismos reinando, y mandando a los ejércitos. Se hacen ricos con la embriaguez, quienes son pobres en verdad. Dan oro, distribuyen dinero a los pueblos, construyen ciudades, quienes no tienen con qué pagar al tabernero el precio de su bebida. Pues el vino hierve en ellos, y no saben lo que

dicen. Son ricos mientras se embriagan: pronto, cuando digieren el vino, ven que son mendigos. En un día beben los trabajos de muchos días.

43. De la embriaguez se pasa a las armas, las copas suceden a las armas. Por el vino se derrama sangre, y el mismo vino ha derramado la sangre. ¡Cuán fuertes se ven a sí mismos los hombres en el vino, cuán sabios, cuán elocuentes, cuán incluso hermosos y decorosos, cuando no pueden mantenerse en pie! La mente necesariamente tambalea, la lengua balbucea, el pálido exangüe cubre el rostro, el hedor de la embriaguez es horroroso. Los bárbaros se precipitan en el hierro, la multitud en riñas. Si alguno de ellos es golpeado con el puño, ves su rostro herido derramar lágrimas de vino, cantar miserables epílogos. La embriaguez tiene esto, que ablanda y disuelve los corazones de los ebrios. Pues así como el fuego prueba el hierro duro, así también en el incendio del vino se derrite el corazón de los hombres soberbios.

44. Todos se ven iguales en el vino, ninguno inferior. El pobre no cede al rico, como quien no sabe que es pobre: el débil no cede al fuerte, para quien toda su fortaleza está en beber: el mendigo no cede al opulento, el ignoble no cede al honorable; pues los bebedores tienen por rey a aquel que supera a los demás bebiendo. Con razón está escrito: "La vida es igual para los hombres en la embriaguez del vino" (Eclesiástico XXXI, 32). Pero ojalá también escuches lo que sigue: "Bebe moderadamente, para que seas sobrio" (Ibid.). No tienes de qué quejarte: el vino fue creado para el gozo, no para la embriaguez desde el principio. Es exultación del alma y del corazón, si bebes moderadamente: pero la immoderación del beber provoca ira, y causa muchas ruinas.

45. Pero tal vez digan que estas son las bebidas de los hombres vulgares y más livianos. Vayamos, pues, a los banquetes de estos poderosos y fortísimos. No presentaré aquí a jóvenes perfumados o coronados de rosas, como dicen que fue aquel que, embadurnado de ungüentos, coronado de flores, apoyado en meretrices, ebrio de bebida antes del amanecer, y acompañado de luz de candelabros durante el día, ingresó al auditorio de un filósofo que estaba discutiendo. Al escucharlo, dicen que poco a poco se quitó las coronas, se limpió los ungüentos, se despidió de las prostitutas: después se convirtió en un filósofo tan grande, que fue un ejemplo de sobriedad, quien antes había sido el objeto de burla de la embriaguez. No envidio a aquellos por haber corregido a uno; para enseñar que no he simulado el tipo de su lujuria. Ciertamente, si aquel se recuperó del vino, siempre fue, sin embargo, ebrio de sacrilegio.

CAPÍTULO XIII.

Los banquetes de los hombres militares se comparan con una especie de lucha y espectáculo; y se describen diligentemente sus partes individuales, y como una especie de prótasis, epítasis y catástrofe.

46. Aparta, pues, de aquí a los jóvenes licenciosos, venimos a los banquetes de los guerreros. Entre armas se ha de almorzar, estos son los escoltas bélicos que sirven, ceñidos de oro, y con cinturones babilónicos ceñidos a los lomos: sus cuellos brillan con collares de oro, cubren su cinturón con bullas de oro, en fundas de oro guardan sus cuchillos, con los que luchan al dividir los manjares. Asisten jóvenes brillantes de cabellera, elegidos de entre la gente bárbara para estos usos, por las distancias individuales de las edades. Ves filas de pueblos diversos, piensas que es una línea ordenada: se exhiben vasos de plata, crees que es una pompa: un cuerno lleno de vino en el medio, no un instrumento de guerra, sino de banquete, una trompeta que incita a los que se reclinan a la contienda.

47. Primero con copas más pequeñas, como si fueran hostigadores, se preludia la lucha. Pero esta no es una especie de sobriedad, sino una disciplina de beber. Pues así como los actores de tragedias primero excitan poco a poco la voz, hasta que abren el camino de la voz húmeda, para que después puedan resonar con grandes clamores: así también estos al principio se ejercitan con copas preludivales, para excitar la sed; no sea que la apaguen, y después de saciados no puedan beber. Así que cuando la cosa comienza a calentarse, piden copas más grandes: el ardor marcial se enciende, la sed se exagera con la comida, y cuando parece disminuir, se repara con un trago más fuerte. Compiten las copas con los platos, y a menudo se devuelven entre bocados. Luego, avanzando el trago más lejos y más intensamente, diferentes y grandes competencias, ¿quién sobresale bebiendo? Es una nota grave, si alguien se excusa, si alguien piensa que el vino debe moderarse. Y esto hasta que se llegue a las segundas mesas.

48. Pero cuando se han consumado los banquetes, piensas que ya es hora de levantarse: entonces de nuevo reanudan su bebida; y cuando han terminado, dicen que apenas comienzan, entonces se traen las copas, entonces los mayores cráteras como instrumentos de guerra. Y para que no pienses que esto es desmedido, se propone una medida, se compite bajo un juez, se decide bajo una ley. El furor es su agonoteta, la debilidad su estipendio, la culpa su premio de victoria. Pende largo y dudoso el resultado de la batalla; pues es un furor de guerra. Ceden las manos de los escanciadores que vierten los vinos, y los trabajos de los cocineros que sirven calientes; ceden los que miden diligentemente las buenas medidas rebosantes, para que no derramen nada: no ceden los bebedores.

49. Solo esas son competencias sin excusa. En la guerra, si alguien se ve inferior, vuelve las armas, y merece perdón: aquí, si alguien vuelca la copa, se le obliga a beber. En el escamoteo, si alguien levanta la mano, queda fuera de la palma, pero libre de injuria: en los banquetes, aunque retire la mano del vino, se le vierte en la boca. Todos se embriagan, todos los vencedores y vencidos yacen ebrios, muchos dormidos. Ni se les permite ser llevados al sepulcro, antes de que el que los alimenta vea que se ha vengado de todos, para vengar la pérdida. Pero quien no siente las pérdidas, considera esto la gloria de su mesa, si de ella todos salen heridos y maltrechos como de una arena.

50. Espectáculo triste para los ojos de los cristianos, y miserable apariencia. Ves a jóvenes terribles a la vista de los enemigos ser llevados fuera del banquete, y de allí ser llevados de nuevo al banquete, llenarse para vaciarse, y vaciarse para beber. Si alguno es más modesto, para que se avergüence de levantarse; cuando ya no puede contener las bebidas desmedidas, jadea más intensamente, suda, gime, revela con signos lo que le avergüenza confesar. Allí cada uno narra sus batallas, allí proclaman sus hechos valientes, narran sus trofeos empapados de vino, y somnolientos no saben con la mente lo que la lengua profiere. Cada uno ronca y bebe, duerme y lucha; y si alguna vez se levanta, los hombres guerreros no pueden mantenerse en pie, vacilan al salir. Los siervos se ríen de las deshonras de sus amos, llevan en sus manos al soldado guerrero, lo montan en el caballo. Así que aquí y allá fluctúan como naves sin timonel; y como heridos por una herida caen al suelo, a menos que sean sostenidos por los siervos. Otros son llevados en escudos, se hace una pompa de burla. A quienes por la mañana viste insignes con armas, amenazantes de rostro, los ves por la tarde ser impunemente ridiculizados incluso por los niños, heridos sin hierro, muertos sin lucha, turbados sin enemigo, temblorosos sin vejez, en el mismo florecimiento de la juventud naciente.

CAPÍTULO XIV.

Se reprende a quienes preparan banquetes para la embriaguez: y se muestra que el poder del vino es mayor que el del veneno.

51. ¿Quién mezcló tal poción de furor? ¿Quién vertió tanto veneno en las mentes? El hombre corre el riesgo de ser barro del cuerpo; y él mismo es culpable de locura voluntaria, de corrupción espontánea; y sin embargo, tampoco ustedes se excusan que invitan como amigos, y despiden como enemigos. ¿Cuánto mejor habrías vertido tus vinos en la tierra? Pero también la tierra se embriaga, y hace más feroces incluso a las mismas fieras, si el olor del vino las toca. Pues en tiempo de vendimia, si entran en la viña, suelen ser encendidas por la embriaguez. ¿Qué te deleitan las pérdidas sin gracia? Invitas a la alegría, obligas a la muerte: invitas a un banquete, quieres llevar al sepulcro: prometes alimentos, impones tormentos: ofreces vinos, viertes venenos. Pues todo lo que daña es veneno. Quita los sentidos, quema las entrañas, infesta el sueño, atormenta la cabeza.

52. Incluso el poder del vino es mayor que el del veneno. Pues el veneno se excluye con el vino, no el vino con el veneno. Con razón Dios, por medio de Moisés, comparó el vino no solo con el veneno, sino también con el veneno de los dragones, diciendo: "El furor de los dragones es su vino, y la ira de las áspides es incurable" (Deuteronomio XXXII, 33). Y añadió bien, "incurable"; pues muchos son curados del veneno de las demás serpientes, nadie de la embriaguez. Ciertamente el veneno hiere la carne, la mente está sin daño: la embriaguez añade a la muerte del cuerpo el crimen de la mente. Observa también el veneno de la perfidia, declarado con el nombre del vino. Pues dice arriba de los extranjeros, que no conocían a Dios. "De la viña de Sodoma es su vino, y de la vid de Gomorra: su uva es uva de hiel, racimo de amargura en ellos" (Deuteronomio XXXII, 32).

CAPÍTULO XV.

Muestra que no ha dicho todo lo que se podría decir sobre los ebrios exponiendo un pasaje de Isaías: de donde se lanza contra la lascivia de los taberneros; y al final se añaden algunas cosas sobre la copa de oro de Babilonia, y el vaso apostólico.

53. ¿Pensáis que, como si estuviera embriagado de vino, he mezclado este discurso de manera intemperante con la predicación del ayuno? Y aún, por estos hombres fortísimos, ¡cuánto he omitido, cuánto menor he dicho de lo que el Señor ha hablado! Habéis escuchado lo que dijo a través de Moisés: escuchad lo que está escrito en el libro de los discursos de Isaías. Pues el Señor se lanza contra tales versos y dice: ¡Ay de los que se levantan temprano y buscan la sidra, que están ebrios al atardecer: porque el vino los quemará. Con cítara y salterio y tambores beben vino: pero no miran las obras del Señor, ni consideran las obras de sus manos. ¿A quién ay, dice, a quién juicios, a quién tumultos (Isaías V, 11). Diversos para cada uno, todo para los ebrios. ¡Ay de los que están ebrios al atardecer (Prov. XXIII, 29)! ¿Qué entonces de aquellos que incluso antes del atardecer, y frecuentemente en la luz, se embriagan? Por lo tanto, ay es su merecido. Tienen disputas, siembran pleitos, se lanzan al asesinato y vienen a los juicios o son llamados. Por lo tanto, tienen juicios como culpables. A veces se produce un tumulto más grave, porque la mente del ebrio se pervierte con el vino: Y no recuerda al rey, ni al magistrado, como está escrito: y todo lo hace hablar abiertamente, y no recuerdan, cuando beben, la amistad, ni la relación fraterna (III Esdras III, 21 y ss): pero después del tumulto toman espadas; y cuando han sido sumergidos por el vino, y se levantan, no recuerdan lo que han hecho. Por lo tanto, también tienen una recompensa digna del tumulto.

54. Ciertamente había pasado por alto la cítara, los salterios, los tambores, que sabemos que se utilizan frecuentemente en tales banquetes, para que con vino y canto se exciten las lujurias. Muchos también, al estilo persa, ordenan que se introduzcan mujeres dignas de la compañía de los ebrios, y de ellas reciben copas, y se postran ante ellas sentadas. Y este rito lo tienen como observancia sagrada en el ministerio de la ebriedad. Por lo tanto, tienen vino incluso los bárbaros: los romanos se entregan a esto con gusto; para que ellos mismos se disuelvan en bebidas, y debilitados por la ebriedad sean vencidos. Y no solo el vino causa ebriedad, sino también la sidra. De hecho, los hebreos llaman sidra a toda bebida que embriaga.

55. No sin razón, por lo tanto, ay de aquellos que buscan la bebida de la ebriedad por la mañana, a quienes les convenía dar alabanzas a Dios, anticiparse a la luz, y encontrarse en oración con el sol de justicia, que visita a los suyos, y se levanta para nosotros, si nos levantamos para Cristo, no para el vino y la sidra. Se dicen himnos, ¿y tú sostienes la cítara? Se cantan salmos, ¿y tú tomas el salterio o el tambor? Con razón ay, porque dejas la salvación, eliges la muerte. Apenas amanece, y ya se corre por las tabernas, se busca el vino, se sacuden las alfombras, se apresuran a preparar el lecho; exponen jarras de plata, copas doradas. Ay, dice, a los que buscan estas cosas.

56. Una copa de oro es Babilonia en la mano del Señor, embriagando a toda la tierra. De su vino bebieron todas las naciones, por eso se conmocionaron. Y de repente cayó Babilonia, y fue destruida (Jer. LI, 7 y 8). Por lo tanto, la copa de oro fue destruida; porque Babilonia fue destruida, que es la copa de oro. Pero aunque se jacte de oro y precio, también está en el poder del Señor. De hecho, es destruida por la indignación divina. ¿Por qué razón es una copa de oro? Porque quien carece de la verdad, busca el atractivo; para que al menos la apariencia preciosa pueda atraer a algunos a beber.

57. Pon ante tus ojos la pompa de este siglo, ves un atractivo hermoso, pero una gracia vacía. No te dejes llevar por vasos de oro y plata. También nosotros tenemos un tesoro en vasos de barro (II Cor. IV, 7). El vaso apostólico es de barro, pero en él está el tesoro de Cristo. ¡Ay de los que buscan la sidra por la mañana! Este vaso es de oro, es una copa, y en esa copa hay veneno de muerte, veneno de lujuria, veneno de ebriedad. Quien beba de esto, se conmueve y cae. Se conmueve no solo en el cuerpo, sino también en el corazón turbado; porque conmovearse es del pecado.

CAPÍTULO XVI.

Los ebrios son semejantes a Caín y a los perseguidores del Señor, incluso más miserables que los mismos poseídos: se describen con sus propios colores: el santo Doctor declara que las palabras de Jeremías caen sobre ellos.

58. De hecho, Caín, saliendo de la presencia de Dios, habitó en la tierra de Naid, que en interpretación significa conmoción. Por lo tanto, quien se embriaga con la copa de oro, se conmueve por el pecado. ¿Por qué te pones bajo la maldición de Caín, aquel parricida, para que tiembles y te conmuevas? Pero también los perseguidores del Señor, al pasar, movían sus cabezas. Pues el espíritu maligno los agitaba, que acostumbraba a mover los cuerpos llenos de él. Y cuando él falta, el temblor cesa: pero la ebriedad da un temblor perpetuo. Los cuerpos de los ebrios sudan vino: si los tocas ligeramente, exprimes vino.

59. La ebriedad es el fomento de la lujuria, la ebriedad es el incentivo de la locura, la ebriedad es el veneno de la insensatez. Esto cambia los sentidos y las formas de los hombres, por esto se convierten de hombres en caballos relinchantes. Pues con el vapor natural del cuerpo caliente, y el calor del vino inflamado más allá de la naturaleza, no pueden contenerse, y se excitan en lujurias bestiales; de modo que no tienen tiempo prescrito en el que sea adecuado entregarse al coito. Pierden la voz, cambian de color, sus ojos se encienden, jadean por la boca, resoplan por la nariz, arden en furia, exceden el sentido. De aquí surge la peligrosa frenesí, de aquí el grave castigo de los cálculos, de aquí la fatal indigestión, de aquí el frecuente vómito que derrama las comidas semidigeridas con la sangre de las entrañas internas. Miento, a menos que el mismo Señor haya hablado a través de Jeremías diciendo: Bebed y embriagaos, y vomitad, y caeréis, y no os levantaréis (Jer. XXV, 27).

60. De aquí también las imágenes vanas, la visión incierta, el paso inestable, a menudo saltan sombras como si fueran fosas. La tierra les parece tambalearse con el rostro, de repente parece erguirse e inclinarse, y como si girara, temiendo caen de bruces, y agarran el suelo con las manos, o se ven encerrados por montañas que se juntan. Un murmullo en los oídos como el estruendo de un mar agitado, y las costas resonando con el oleaje. Si ven perros, los consideran leones, y huyen. Algunos se disuelven en risa desordenada, otros lloran con inconsolable tristeza, otros ven temores irracionales. Soñando despiertos, litigando dormidos. Para ellos la vida es un sueño, el sueño es muerte: no pueden ser despertados por ninguna voz; por más que creas que deben ser estimulados con cualquier impulso, a menos que se arrepientan, no pueden ser despertados.

61. Por lo tanto, Jeremías bien considera que tal hombre es una criatura superflua, digna de ser llorada. ¿Qué es un hombre ebrio, sino una criatura superflua? Así que dice: Como el llanto de Jazer, te lloraré, viña; porque la ciudad de Jazer está desierta (Jer. XLVIII, 32). Y más adelante: No pisaron el vino en tus lagares por la mañana, ni lo hicieron al mediodía (Ibid. 33). Jazer ποιήσις περισσὸς, es una obra superflua. Pues la moderación es natural: todo lo que está por encima de la medida se considera superfluo: así es la ebriedad que se lamenta con llanto profético. Por eso dice el Apóstol: No os embriaguéis con vino, en el cual hay disolución, sino embriagaos con el espíritu (Efes. V, 18). Por lo tanto, hay una ebriedad de culpa, y hay una de gracia. Y tal vez esta es de la naturaleza, aquella de la gracia, que hechos a imagen y semejanza de Dios, debemos estar llenos del Espíritu Santo.

CAPÍTULO XVII.

Sobre las protestas, sacramentos y brindis de los bebedores. Cómo a menudo se extraen secretos con el vino. Y sobre un cierto modo prodigioso de beber, y cuán perjudicial es para la salud.

62. ¿Qué puedo decir de las protestas de los bebedores? ¿Qué puedo recordar de los sacramentos, que consideran un sacrilegio violar? Bebamos, dicen: Deseo la salud de los emperadores; que quien no beba, sea considerado culpable de falta de devoción. Pues parece que no ama al emperador, quien no bebe por su salud. ¡Oh, servicio de devoción piadosa! Bebamos por la salud de los ejércitos, por la virtud de los condes, por la salud de los hijos. Y juzgan que estos votos llegan a Dios, como aquellos que llevan copas a las tumbas de los mártires, y allí beben hasta el anochecer, y no creen que puedan ser escuchados de otra manera. ¡Oh, necedad de los hombres, que consideran la ebriedad un sacrificio: que piensan que la ebriedad agrada a aquellos que aprendieron a soportar la pasión con ayuno!

63. ¿Cuántos conocemos que han llegado a tormentos desde un banquete intemperante? Mientras, por la ebriedad, disputan sobre su imperio, y se prometen reinos, prometen honores a otros, han sido llevados a la pena, sin saber lo que decían. Por lo cual muchos buenos jueces no han considerado que lo dicho por ebriedad deba ser tenido en cuenta como crimen. Muchos también usan el vino como un potro de tortura; y a quienes no les sacan la voz de traición con tormentos, los intentan con la bebida; para que traicionen el estado de la patria, la salud de los ciudadanos, los planes de su defensa. Pues la virtud a menudo vence al dolor: pero la bebida excluye la fidelidad. Conozco a muchos que, ulcerados por los potros, negaron su nombre. ¿Quién entre las copas ocultó lo que deseaba que permaneciera oculto?

64. ¿Por qué he de relatar un tipo de bebida que me ha sido contado, no como una copa, sino como un torrente, en el que el vino se vierte en las bocas de los hombres como a través de tubos o canales? ¿He de considerar a estos hombres, o más bien a odres? Y sin embargo, los mismos odres, si no hay una trasfusión moderada, a menudo se rompen. También a través de un cuerno, el vino fluye en las gargantas de los hombres; y si alguien respira, se considera un delito cometido, una línea rota, un movimiento de lugar. El agua que fluye desde el Líbano disuelve las rocas escarpadas, ¿cómo piensan que el ímpetu de los flujos no dañará las entrañas blandas de los bebedores?

65. También se dice que los elefantes beben mucha agua con su trompa; sin embargo, se contentan con una bebida moderada para calmar la sed: pero si por casualidad algún tabernero los ha defraudado de su paga, indignados llenan el hueco de su trompa, no para beber, sino para derramar; y así, con inundaciones momentáneas, riegan la taberna de aquel de quien creen que deben vengarse. Los lagos se secan de repente, y de repente se vierten, todo flota. ¿A quién no le sorprende que cuerpos tan inmensos de bestias no retengan nada superfluo?

CAPÍTULO XVIII.

¡Cuán vergonzosa y perjudicial es para las mujeres la ebriedad, tanto para ellas mismas como para los espectadores! Después de lamentar este mal, muestra cuánto bien es la sobriedad, y cuánto mal la intemperancia, con el ejemplo de los israelitas.

66. Pero, ¿por qué hablar de los hombres, cuando incluso las mujeres, que deben aplicar una custodia más cuidadosa de la sobriedad para la castidad, beben hasta la ebriedad? Luego, al levantarse, aquellas que no deben ser escuchadas ni vistas por extraños incluso en los secretos del hogar, se atreven a salir en público, sin cubrirse la cabeza, con un rostro descarado. El Apóstol (I Cor. XIV, 35) ordena a las mujeres que guarden silencio incluso en la Iglesia, les manda preguntar a sus maridos en casa. Ellas, en las calles, conducen coros desvergonzados incluso para los hombres bajo la mirada de los jóvenes, sacudiendo el cabello, arrastrando las túnicas, con el vestido rasgado, los brazos desnudos, aplaudiendo con las manos, bailando con los pies, resonando con las voces, provocando las lujurias de los jóvenes con movimientos histriónicos, con una mirada petulante, con una burla deshonrosa. La multitud de jóvenes observa, y se convierte en un espectáculo miserable. Entre las caídas de los que bailan y los tropiezos de los que observan, el cielo se contamina con una mirada impura, la tierra se contamina con una danza sucia, que es golpeada por bailes obscenos.

67. ¿Cómo hablar pacientemente, pasar piadosamente, llorar convenientemente? El vino nos ha traído la pérdida de tantas almas. Pues si el vino y las mujeres hacen que se aparten de Dios, ya que la ebriedad o la lujuria son atractivos de transgresión, si estas cosas por separado

lo hacen, ¿qué harán unidas? Por lo cual, no sin razón, un sabio antes que nosotros dijo: Mujer ebria, gran ira (Ecli. XXVI, 11).

68. Pero, ¿qué maravilla si las almas de las mujeres son engañadas por el vino, cuando todas aquellas Tribus de los padres, cuando bebieron agua de la roca, comieron maná, vencieron a las naciones más poderosas, y no había entre ellos ningún enfermo: pero cuando comenzaron a desear carne, y se volvían a Egipto con deseos, de tantos miles de hombres, no merecieron llegar a la tierra de la promesa más que dos? Por lo tanto, se nos da a entender cuánto bien es la sobriedad, cuánto mal es la intemperancia: cuando murmuraban pidiendo las delicias de Egipto, eran mordidos por serpientes: cuando pasaban por el camino del Mar Rojo, bebían agua. ¿No tememos, entonces, el ejemplo, no huimos de las delicias, para que no nos priven de la obtención de los bienes futuros?

CAPÍTULO XIX.

Se anuncia la destrucción a los lujuriosos por la profecía de Isaías: el mar no debe ser inquietado por los mercaderes, contra cuya avaricia se lanza, ya que no fue dado para navegar, sino para alimento, y no para los hombres, sino para los peces para transitar: finalmente, ¿de qué manera se comparan los voluptuosos con los barcos?

69. ¿Y por qué usar las sentencias de otros? Escuchemos lo que los bien alimentados y lujuriosos pueden esperar para sí mismos. Pues el profeta Isaías los introduce diciendo: Comamos y bebamos, porque mañana moriremos (Isaías XXII, 13). Y con razón exclama: Aullad, naves de Cartago, que han perecido, y no serán más (Isaías XXIII, 1). Lo cual se dice de la visión de Tiro, que conocemos como una ciudad lujuriosa. Por lo tanto, es la novena visión, no la séptima u octava, porque no guarda la ley, ni la gracia del Evangelio: ya que incluso en el sábado legítimo está prohibido encender los fuegos de la lujuria, y en la serie del Evangelio el octavo día de la resurrección brilla. El mismo día es el primero y el octavo, porque el día del Señor se repite en sí mismo. Por lo tanto, la lujuria no tiene fe, ni observancia de la disciplina: la lujuria es el semillero y origen de los vicios. Y no penséis que he hablado contra el Apóstol (I Tim. VI, 1), porque él dice que la avaricia es la raíz de todos los vicios, ya que la lujuria es la madre de la misma avaricia. Pues cuando alguien ha agotado sus propias facultades en la lujuria, luego busca ganancias avaras.

70. Hoy habéis escuchado lo que se ha leído: Los mercaderes, dice, de Fenicia que cruzan el mar en mucha agua: la semilla de los mercaderes es como la cosecha que se lleva (Isaías XXIII, 2 y 3). Estas ciudades son vecinas, Tiro, Fenicia, Sidón: vecinas tanto en lugares como en vicios. Mercaderes que buscan pequeñas ganancias con peligrosas travesías del mar. Vida inquieta de los hombres, conversación inquieta, y siempre en un cierto torbellino, más móvil que los mismos vientos por los que se mueve, y a menudo se lanza aquí y allá. Sin duda, acusáis frecuentes naufragios, ¿quién os obliga a navegar? Como si no hicierais las tierras inseguras con la envidia de las riquezas, y excitáis a muchos al latrocinio. Dios no hizo el mar para navegar, sino por la belleza del elemento. Derramó las aguas del mar más ampliamente, ciertamente para encerrar las tierras con el estrecho, para que no vagaras más lejos como un errante y exiliado. Pero el mar se agita con la tempestad. Por lo tanto, debéis temer, no usurpar. El elemento inocente no ha cometido ningún delito: la temeridad humana es su propio peligro. De hecho, quien no navega, no teme el naufragio. El Señor dijo: Dominad a los peces del mar (Gen. I, 28), no dijo: Navegad en las olas. De hecho, incluso el profeta Jonás, que fue enviado a Nínive para predicar el arrepentimiento, porque quiso navegar para huir de la presencia de Dios, fue turbado por la tempestad, y llevado por sorteo, y arrojado al mar, y fue recibido por un cetáceo.

71. También el profeta David dice, cuando recordaba la gracia de Dios hacia el hombre: Todo lo has sometido bajo sus pies, ovejas y bueyes todos, además de las bestias del campo, las aves del cielo, y los peces del mar, que recorren las sendas del mar (Salmo VIII, 8 y 9). A los peces les dio, no a los hombres, recorrer las sendas del mar. El mar te fue dado para alimento, no para peligro: úsalo para comida, no para comercio. ¿Por qué te generas peligro de placer? ¿Por qué exploras las profundidades del elemento separado? ¿Por qué inquietas los secretos más altos del mundo? ¿Por qué finalmente, marinero impaciente, te esfuerzas por surcar y arar las olas con frecuencia? ¿Por qué frecuentemente provocas las olas inocuas, irritas las tormentas? ¡Oh, insaciable avaricia de los mercaderes! El mar también cede a ti, y el mar no puede soportar tu inquietud. De hecho, tantas veces con los mercaderes recurrentes arado: Avergüénzate, Sidón, dijo el mar (Isaías XXIII, 4). Como si fuera la voz de un elemento fatigado diciendo: Avergüénzate, Sidón, esto es, acusas mis olas, mercader, cuando eres más inquieto que las olas; y avergüénzate al menos por vergüenza, ya que no te conmueves por el peligro. Los vientos son más vergonzosos que tus deseos. Ellos tienen sus ocios, nunca tus estudios de búsqueda descansan. Y cuando la tempestad está en reposo, nunca tus naves están ociosas. La ola se mueve bajo el remero, cuando descansa del viento.

72. No he dado a luz, dice, ni he parido, ni he criado jóvenes (Ibid.). ¿Por qué me inquietan aquellos que no conozco, que no reconozco? Id a Cartago, aullad los que habitáis las islas (Ibid. 6). Antes dijo: Aullad, naves de Cartago. Pues los tirios fundaron Cartago, y por eso los cartagineses siguen la lujuria de sus fundadores, transfiriendo a sí mismos la descolorida sucesión de la maldad, herederos peores de los peores vicios. Y bien llamó naves a los lujuriosos. Pues así como estas son agitadas por el viento, así aquellos por la comida y el vino. Los cuerpos llenos de bebida habitan las islas, resuenan con naufragios, son golpeados por las olas de la ebriedad, ni de día ni de noche descansan. Por lo tanto, la semilla de estos mercaderes está en el agua, la cosecha está en las olas. Pues en el agua siembran sus trabajos, para cosechar peligros. En el agua les brota la cosecha, en el agua la cosecha abunda. El fruto mismo está en el agua, nunca seguro y sólido. Por lo cual dice correctamente (Ezequiel XXVIII): Quien sembraba en la tierra, no entró en el comercio: más bien quien sembraba en el cielo. Pero hay una buena tierra, en la cual quien siembre, le brotarán frutos celestiales.

CAPÍTULO XX.

En la vileza de las palabras a menudo hay mayor eficacia. Cómo la congregación de las naciones cantó el canto de la meretriz; con exhortación a la conversión de las costumbres, y también a redimir los pecados con limosnas.

73. Aullad, dice, de nuevo, naves de Cartago, porque vuestra fortaleza ha perecido; y será en aquel día, Tiro será dejada (Isaías XXIII, 14). Y más adelante: Y será después de setenta años Tiro como el canto de la meretriz (Ibid. 15). Mira qué palabras usa el profeta, y no rehúye la vileza de tales palabras. A veces nosotros rehuimos; no porque nuestra lengua sea más casta que la de ellos, sino porque nuestra autoridad es inferior. Pues hay mayor fuerza de las cosas en la expresión de tales palabras; para que quienes no se avergüenzan de los delitos, se avergüencen al menos de los nombres de los delitos. Y será Tiro, dice, como el canto de la meretriz. Mira que cuando alguien vea esos coros cantando palabras sucias, diga: He aquí, Tiro se ha hecho como el canto de la meretriz. Se ha cumplido el oráculo de la anunciación profética.

74. Y añadió: Toma la cítara y recorre la ciudad, prostituta olvidada, toca bien la cítara, canta mucho, para que se haga memoria de ti. Y después de setenta años, Tiro será como el canto de la prostituta, y Dios visitará a Tiro (Ibid. 16). De donde podemos también tomar en buen sentido el canto de Rahab, aquella prostituta que recibió a los exploradores de Jesús con mente fiel. Pues el Señor también dijo: "Os tocamos la flauta, y no bailasteis" (Luc. VII, 32). Y David dijo: "Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, toda la tierra" (Sal. XCV, 1), esto es el cántico de la prostituta, que antes aquella prostituta en Adán y Eva, tierra, cantó, prostituta en el pueblo de las naciones. Esta prostituta hizo muchas buenas prostitutas, de las cuales se dijo por el Señor Jesús al pueblo elegido y anciano de Dios: "Los publicanos y las prostitutas os preceden en el reino de Dios" (Mat. XXI, 31).

75. Por tanto, ya que tenemos un Señor tan misericordioso, que incluso perdona el error grave, convirtámonos de los vicios, no nos apartemos de la ley, cumplamos el precepto del Señor con estudios diligentes como siervos. ¿Qué tenemos que ver con las impurezas y las impudicias? ¿Qué con las obras del diablo? Hoy habéis escuchado en la lectura lo que dijo la legión: "¿Qué tienes que ver conmigo, Jesús, Hijo de Dios?" (Luc. VIII, 28). Y tú di, si acaso ves que las tentaciones del diablo luchan contra ti: ¿Qué tengo que ver contigo, Belial? Soy siervo de Cristo, redimido por su sangre, a él me he entregado por completo. ¿Qué tengo que ver contigo? No conozco tus obras, no busco nada tuyo, no poseo nada tuyo, no deseo nada tuyo. Cuánto más nos conviene separarnos del diablo, si él se aparta de Cristo. Y si fuimos en algo sujetos a él, ya no lo somos: hemos acudido al médico, ha curado las heridas anteriores. Y si queda algo de amargura, no faltará remedio. Y si hemos cometido alguna injuria, no lo recordará, quien una vez perdonó. Y si hemos cometido faltas graves, hemos encontrado un gran médico, hemos recibido la gran medicina de su gracia (De poenit., dist. 1, cap. Medicina). Porque una gran medicina quita grandes pecados.

76. También tenemos muchos auxilios con los que redimir nuestros pecados. Tienes dinero, redime tu pecado. El Señor no está en venta, pero tú mismo estás en venta. Has sido vendido por tus pecados, redímite con tus obras, redímite con tu dinero. El dinero es vil, pero la misericordia es preciosa. La limosna, dice, libera del pecado (Tob. XII, 9). Y en otro lugar dice: "La redención del hombre son sus riquezas" (Prov. XIII, 8). Y en el Evangelio el Señor dice: "Haced amigos con el mamón de la iniquidad" (Luc. XVI, 9). Y frecuentemente el antídoto se prepara con veneno, esto es, el veneno se excluye con veneno. El veneno repele la muerte, preserva la vida. Haz tú también como buen dispensador del instrumento de la avaricia un auxilio de misericordia, una gracia de sinceridad de la tentación de la corrupción.

CAPÍTULO XXI.

También para los profetas el futuro es presente: asimismo, el mundo, según la profecía de Isaías, no será destruido sin razón, para ilustrar lo cual se emplea una comparación muy elegante del estadio. Con esta ocasión, el santo nos enseña que debemos ejercitarnos diligentemente como atletas para la corona; y finalmente, ruega a Cristo que apresure su venida.

77. Has escuchado lo que se ha leído hoy: "He aquí que viene el Señor a destruir la tierra" (Isa. XIII, 5). Como si el santo profeta lo señalara con la mano, como si viera con los ojos el día del juicio que se acerca, así dice: "He aquí que viene el Señor a destruir la tierra". Más bien, porque en espíritu a los profetas también se les revelan las cosas futuras como presentes, por eso lo que veía, deseaba mostrárnoslo a nosotros también, para que nos llamara a la conversión del error.

78. Sin embargo, nadie debe desanimarse al escuchar que el Señor destruirá la tierra. No sea que diga: Está bien, hemos cometido graves pecados, ¿qué ha hecho el cielo, qué la tierra, qué el mar, para que también ellos sean destruidos? ¿Por qué perecerá tan hermoso ornamento? Es una opinión de mente estrecha. Sin embargo, si miras más profundamente, encontrarás que esto es a nuestro favor, lo que piensas que es en contra de nosotros: juzgarás que esto es a favor del mundo, lo que consideras en contra del mundo. No siempre el estadio está lleno de espectadores, no siempre está inquieto con competiciones, no siempre está cubierto de polvo: pero cuando hay competiciones, entonces el pueblo está en el espectáculo, el luchador en el escamoteo, el polvo en el estadio. Cuando las competiciones han terminado, la reunión se disuelve, cada uno se va, ya sea victorioso a la gracia, o vencido a la vergüenza: la corona eleva al vencedor, la vergüenza oprime al vencido, la injuria lo angustia. Si alguien, por tanto, entra después al estadio, lo ve vacío de celebridad, dice al organizador de la competición: ¿Por qué está vacío el estadio; por qué callan las competiciones; por qué se suspenden las solemnidades? Responderá quien preside la competición: Es necesario que los atletas descansen, que los espectadores descansen. ¿Cuál es el fruto del trabajo, sino el descanso después del trabajo? De manera similar, el mundo también debe ser disuelto alguna vez, para que haya descanso para los fatigados.

79. Somos atletas, estamos compitiendo en un cierto estadio espiritual. De hecho, el buen atleta decía: "Hemos sido hechos espectáculo para este mundo" (I Cor. IV, 9). Y en otro lugar: "Si corro, no es como a la incertidumbre: así lucho, no como quien golpea el aire; sino que castigo mi cuerpo" (I Cor. IX, 26). Y en otro lugar: "Olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, sigo hacia la meta para el premio" (Filip. III, 13). Somos, por tanto, atletas, debemos competir legítimamente. Hay muchas luchas: y quien hoy ha sido vencido, mañana se recupera. Primero se compite por el premio, luego por la corona. ¿Acaso el atleta se dedica al ocio, una vez que ha dado su nombre a la competición? Se ejercita diariamente, se unge diariamente. Se le da el alimento agonístico, se exige disciplina, se guarda la castidad. Y tú has dado tu nombre a la competición de Cristo, te has inscrito para la competencia de la corona: medita, ejercítate, úngelo con el aceite de la alegría, con el ungüento derramado. Que tu alimento sea alimento de sobriedad, que no tenga nada de intemperancia, nada de lujuria. Que tu bebida sea más moderada, para que no se insinúe la embriaguez: guarda la castidad del cuerpo, para que puedas ser apto para la corona, para que tu reputación no ofenda el afecto del espectador, para que tus partidarios no te vean negligente y te abandonen. Te observan los Arcángeles, y las Potestades, y las Dominaciones, y esos diez mil de diez mil Ángeles. Ante tantos espectadores, avergüénzate, considera cuán deshonroso es. Entrado en el estadio, despierta el rigor de tu alma con polvo, sacude tus músculos. Avanzado en el escamoteo, es necesario que recibas el polvo, que soportes el ardor del sol de verano. El calor es intenso, pero la victoria es dulce: la nube de polvo es molesta, pero la tolerancia es hermosa. Nadie entra al estadio cubierto de polvo, pero las competiciones lo vuelven polvoriento. Allí se recoge el polvo, donde se propone la palma. Nadie es coronado de nuevo limpio, la victoria conviene al polvoriento.

80. Ven, pues, Señor Jesús, salga tu corona, admite a los vencedores en el descanso, a los vencidos a la compunción. Y si destruyes la tierra, tus obras invisibles son más que las que hemos visto. Quien es de mente más estrecha, no ve aquellas, se duele de que destruyas la tierra: pero quien sabe mirar lo que es invisible, se alegra de que vengas, y liberes a todos. Se alegran los atletas que pueden decir: "Venga tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo" (Mat. VI, 10). Se alegrará la criatura del mundo, para ser liberada de la vanidad de este mundo, que ahora gime y sufre dolores de parto; porque también esa criatura está sujeta a la vanidad, hasta que se multiplique la adopción de los hijos, y se complete la

redención de todo el cuerpo. Por tanto, destruirá la tierra para bien. Habrá, en efecto, un cielo nuevo, y no habrá más noche. Finalmente, revelará, dice, su rostro, para que con el rostro revelado contemplemos la gloria de Cristo (I Cor. III, 13).

CAPÍTULO XXII.

Evitar las comilonas, para que Moisés no se separe de nosotros con los levitas, y cómo aún viene. Asimismo, ¿a quiénes manda el Apóstol cortar? Después de esto, los no bautizados son invitados a esta gran gracia, rechazando finalmente las excusas de algunos.

81. Pongamos atención, pues, estando en el estadio, cuántos serán para nosotros o de deleite o de dolor, quienes ahora son nuestros partidarios, para que no comiencen a avergonzarse de nosotros. Pues así como habrá gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente (Luc. XV, 10), así habrá tristeza por aquel que, sin haber obtenido el perdón, haya completado el curso de esta vida. Castiguemos, por tanto, nuestro cuerpo con ayunos, evitemos las comilonas indecorosas. Tengamos cuidado de que no se nos diga: "Llorad por el vino". No sea que venga Moisés, y llame a los levitas: y cualquiera que esté preparado para el Señor lleve la mano armada, se separe de aquellos que, comiendo y bebiendo, han contraído graves pecados. Y hoy viene Moisés, cuando se recita la Ley: Moisés llama, cuando la Ley ordena.

82. El Apóstol enseña (II Tes. III, 6) que nos separemos de todo hermano que actúe desordenadamente. Golpeémoslo con la espada espiritual, que es la palabra de Dios (Efes. VI, 17). No tomemos en cuenta la persona del hermano, ni del pariente: sino que separemos de los altares de Cristo a todo inmundo; para que purifique y corrija sus caídas, para que merezca volver a los sacramentos de Cristo.

83. Si alguno no está bautizado, conviértase con más seguridad recibiendo el perdón de los pecados. Pues el bautismo como un fuego consume los pecados; porque Cristo bautiza en fuego y espíritu. De hecho, este tipo de la ley se muestra en los libros de los Reyes (III Reg. XVIII, 34), donde Elías puso leña sobre el altar, y dijo que echaran agua de las jarras, y dijo: "Repetid", y repitieron; y dijo: "Repetid por tercera vez", y repitieron por tercera vez; y cuando el agua corría, Elías oró, y descendió fuego del cielo. Tú eres hombre sobre el altar, que serás lavado con agua, cuya culpa es consumida, para que la vida sea renovada. Pues el fuego consume la leña y la paja. No temas el fuego por el cual eres iluminado. Por eso se te dice: "Acercaos a él, y seréis iluminados" (Sal. XXXIII, 6). Recibid el yugo de Cristo. No temáis porque es un yugo: apresuraos, porque es ligero. No rompe los cuellos, sino que los honra. ¿Por qué dudáis; por qué posponéis? No ata el cuello con cadenas, sino que une la mente con gracia: no constriñe con necesidad, sino que dirige la voluntad hacia la buena obra.

84. ¿Por qué dices que aún no es tiempo? Todo tiempo es oportuno para el perdón. Si te ofreciera oro, no me dirías: Mañana vendré, sino que ya lo exigirías. Nadie difiere en recibir oro, nadie se excusa: se promete la redención del alma, y nadie se apresura. Juan bautizaba en penitencia, y toda Judea acudía: Cristo bautiza en Espíritu: Cristo dispensa la gracia, y se acude con desdén. Elías mostró el tipo del bautismo (III Reg. XVIII, 43 y ss.), y abrió el cielo que había estado cerrado por tres años y seis meses. ¡Cuánto mayores son los dones de la verdad! Abrió ciertamente el cielo no descendiendo lluvia, sino ascendiendo gracia. Pues nadie sube al reino de los cielos sino por el agua y el Espíritu. La infidelidad había cerrado el cielo a los hombres, pero la fe lo abrió.

85. También antes de esto el cielo estaba abierto a los hombres. De hecho, Enoc fue arrebatado al cielo. Nuevamente fue cerrado: pero lo abrió Elías, quien fue arrebatado en un

carro de fuego (IV Reg. XI). Y vosotros podéis ascender, si conseguís la gracia del sacramento. ¿Hasta cuándo las deleitaciones; hasta cuándo las comilonas? Se acerca el día del juicio: mientras difieres la gracia, la muerte se aproxima. ¿Quién dirá: Ahora no tengo tiempo, estoy ocupado, no me muestres la luz, no quiero que me redimas tan pronto, aún no necesito el reino celestial? ¿No es esto lo que dice quien se excusa del bautismo? ¡Y con cuánta gracia eres renovado, oh hombre! Te purificas, y no te quemas: te sanas, y no te duele: te reforman, y no te disuelves: no recibes el golpe de la muerte, y resucitas. ¿Y aún disimulas; aún esperas para vivir para el mundo, después te reservas para Dios? Ignoras que Caín fue desagradable porque no ofreció las primicias, sino que él mismo se benefició de las primicias, intentó ofrecer a Dios un don de lo que seguía: pero Abel, al ser preferido por la ofrenda de sus primicias, mereció ser alabado con un oráculo de piedad insigne.